
Fernando Gil

En Madrid no hay clases sociales

Inmerecido homenaje

En fecha reciente, un acto de adulación política revestido de impúdico protocolo académico ha mostrado cómo están las cosas en la Comunidad de Madrid, respecto a quien la preside y a quienes la rodean.

Su máxima autoridad autonómica, Isabel Díaz Ayuso, ha sido nombrada *alumna ilustre* de la Universidad Complutense. Un lacayuno homenaje efectuado en la Facultad de Ciencias de la Información a una persona con evidente falta de formación e información, reacia al diálogo, propensa a la descalificación, a la crispación y a emitir opiniones que revelan una enciclopédica ignorancia, cuyo trabajo periodístico conocido ha sido "llevar" la cuenta de "twitter" del perrito de Esperanza Aguirre, su hada madrina, que es algo así como hacer de muñeca de una ventrílocua. Favor por favor.

Los promotores de esta iniciativa tienen buenos motivos para depararle tan inmerecido honor, apoyado por el Rectorado en una muestra de servilismo respecto a quien financia la Complutense con notable tacañería y es pródiga con las universidades privadas, pero a la gente corriente se le escapan los méritos de la aludida para merecerlo, pues, hasta hoy no se ha distinguido en su labor como periodista, ni tampoco como buena gestora de lo que le compete en calidad de presidenta de la CAM. Por lo cual, cabe pensar que el agasajo postinero -sin la crema de la intelectualidad- forma parte de la campaña electoral del Partido Popular ante las elecciones de mayo y de los interesados y pringosos arrumacos de quienes la adulan llenando su agenda de actos destinados a la promoción de sí misma.

No obstante, por el resultado de su gestión, orientada a mimar a la población mejor instalada y atender las demandas de la feligresía católica y del sector privado de la economía, en especial de servicios, el inmobiliario y el de capital especulativo, el homenaje se tendría que haber realizado en una de las trece universidades privadas de la región -casi la mitad de las de España-, que imitan el modelo de Orban en Hungría, sometiendo el conocimiento académico a la ideología del Ejecutivo, o en una de las escuelas de negocios que transmiten los mantras del neoliberalismo y el despotismo empresarial a los cachorros de la burguesía, que, deformados por un individualismo patológico -el mundo es tuyo, coge lo que puedas; te lo mereces-, alimentan el sueño de obtener cuanto antes dinero, fama y poder, con pocos remilgos sobre el modo de lograrlo. Lo cual, en Madrid, cada día es más posible, si se tienen los "méritos" familiares necesarios y se cuenta con las amistades adecuadas.

Madrileñismo impostado

Madrid, Madrid, ¡qué bien tu nombre suena, / rompeolas de todas las Españas! / La tierra se desgarras, el cielo truena, / tú sonrías con plomo en las entrañas.

Así saludó Antonio Machado a la capital de España, un día de noviembre de 1936, honrando a quienes la defendían -trabajadores y pueblo llano- del ataque de las tropas franquistas, alzadas el 18 de julio contra el Gobierno legal de la República.

Tras la consigna *¡No pasarán!*, que ahora se asume en Ucrania, Madrid resistió hasta el final de la guerra. Luego, los atacantes pasaron y se quedaron. Pero Madrid volvió a resistir, como una ciudad rebelde y combativa, con el empuje, sobre todo, de trabajadores, estudiantes, vecinos y grupos profesionales, hasta deshacer la dictadura en la calle y abrir la brecha por la que se coló el nuevo régimen político.

Durante mucho tiempo, Madrid ha parecido una ciudad cansada, desanimada, rendida a las desmedidas ambiciones de la derecha populista, que la gobierna desde hace 28 años, pero la ciudad, en coloreadas mareas, volvió a mostrar su protesta ante los efectos de la crisis financiera de 2008 y las (des)medidas de austeridad decretadas para salvar a los bancos de sus aventuras, y aquí brotó el movimiento 15-M-2011, que luego se extendió al resto del país.

Luego el ánimo volvió a decaer hasta que la ofensiva de Ayuso contra el sistema sanitario público, utilizando la excepcional situación de la pandemia para precarizarlo aún más, ha provocado la movilización ciudadana en apoyo de la enérgica respuesta del personal sanitario, que, con una huelga que dura tres meses, defiende una plataforma de mejora del servicio, que la Consejería de Salud se niega a negociar. Pues, Ayuso quiere emular a Margaret Thatcher, agotando la resistencia de los huelguistas para que, derrotados, se sometan a las condiciones laborales que ella dicte y acabar con la sanidad pública, que es el objetivo perseguido por el Partido Popular desde hace años mediante la continua privatiza-

ción de hospitales y servicios, con el resultado de que Madrid, siendo la región más rica de España es la que invierte menos dinero en la sanidad pública, con el consiguiente beneficio de las empresas privadas, que, con el 38% de clientes, está en cabeza de esa preferencia sanitaria en España.

Junto a la sanidad, otro de los objetivos es erosionar la enseñanza pública para promover la enseñanza privada desde la cuna hasta la universidad, de modo que, además de facilitar un negocio en escala, con apoyo del erario asegurado, nuevas generaciones salgan íntegramente formadas en los valores y objetivos de una derecha que es de las más reaccionarias de Europa.

En realidad, desde hace años hay un continuo expolio de bienes y servicios públicos, pues todo lo que pueda ser hurtado al patrimonio público y entregado a la gestión de las empresas, se hace con unas razones u otras, todas ellas, por supuesto, inverosímiles, pues los servicios privatizados no son mejores ni más baratos, pero es necesario para que los amigos y donantes del PP hagan buenos negocios y para allegar fondos a la caja B, como es de todos conocido. Después de veintiocho años de gobiernos del Partido Popular, Madrid vuelve a ser lo que fue en el franquismo, la capital del capital, donde Ayuso profesa, con chulería, un impostado madrileñismo de pijos, para llevar adelante el proyecto del PP para Madrid (y para España, porque Ayuso es ambiciosa), resumido en tres lemas: autoridad, propiedad y desigualdad, donde la libertad agitada por Ayuso como una bandera de modernidad, es solo un medio para aplicar lo anterior. La libertad para Ayuso y el PP, y para la derecha en general, es la libertad para ser desiguales, el estandarte para llevar adelante la lucha por la desigualdad, para acumular la riqueza en las clases altas, reduciendo la clase media, acentuando el expolio de las clases subalternas y quitando lo que se pueda a los pobres, que, para la derecha, siempre tienen demasiado, mientras los ricos tienen demasiado poco, como decía Reagan.

Madrid es España dentro de España

Según Ayuso, Madrid, su Madrid, es decir los barrios acomodados, representa a la España verdadera; la España callejera, consumista, con terrazas y cañas, alterne y fiesta donde no te encuentras con tu "ex"; una ciudad de "aifon" y pandereta. Con emprendedores, que hacen negocios al amparo del poder, de su poder, como su propio hermano y tantos altos cargos del PP, en este régimen cortesano de gestión opaca y negocios de clientes y parientes.

En Madrid, Ayuso ha erigido su pequeño reino, donde actúa con un nacionalismo castizo y patrioter, hace y deshace a su antojo, sin dar cuentas a nadie, como si fuera la emperatriz de Lavapiés, en una obra, en permanente representación, con una protagonista -ella-, recitando el discurso incendiario y prepotente que le susurra un apuntador a sueldo desde la tramoya; discurso glosado, repetido y multiplicado por los medios de propaganda afines, públicos y privados, que son muchos y están agradecidos.

Ayuso no descuida su "proyección internacional" -¡qué mal te veo, Alberto!- y no repara en gastos, ni en viajes para hacerse fotos o conceder entrevistas a medios españoles y decir tonterías desde el extranjero, y como todo le parece poco con tal de darse jabón -*unting the soap herself*-, echa mano de la historia para sentirse respaldada por algo grande, que son cinco siglos de capitalidad. Ahí es nada. ¡Cinco siglos respaldan a Ayuso, que es especial!

"¿Por qué Madrid es tan especial?", preguntaba retóricamente en un discurso en Arganda, para responder ella misma: "Porque en Madrid no hay clasismo", "no estamos pendientes de cuánto gana cada uno" (lo debía decir por su hermano, que es lo que pensó Casado). "Aquí una persona vale según su respeto, su ilusión y sus proyectos". "En Madrid no hay clases sociales, como nos intenta vender la izquierda". Ya nos quedó claro que no había pobres, porque uno de sus consejeros decía que no los veía. "No hay ciudadanos que valgan más o

menos por su poder adquisitivo". "En una terraza de la Comunidad de Madrid, desde luego en toda España, pero aquí no nos importa la clase social de la persona con la que te tomas algo". Ahí está la explicación de las falacias de la izquierda: las terrazas son el barómetro más fiable de la distribución de la renta (a ver si aprende Tezanos). En las terrazas del barrio de Salamanca, a la gente no le importa con quien se toma algo, porque son todos de la misma clase social. Todos departen amistosamente entre ellos, sin fijarse en unos entes que sirven y limpian las mesas o están fregando detrás de la barra en jornadas de doce horas, pero no hay clases sociales.

Madrid crece económicamente -aporta el 19,3% del PIB nacional- y ejerce su influencia sobre las provincias limítrofes, genera riqueza, pero la reparte mal y avanza en desigualdad. Según el informe Foessa, de 2003 a 2017, la renta del 20% de las personas más ricas de la región creció un 3%, mientras que la del 20% más pobre se redujo un 29%. Del año 2018 al 2021, los más ricos vieron aumentar su riqueza un 18%, mientras que la de los pobres se ha reducido en un 21%. Y no hay clases sociales; ni pobres.